

Los vasos de roja arcilla,
Zumos traidores no guardan.
Henchidos se ven los unos
De las cristalinas aguas

Que de los montes vecinos
En raudos torrentes bajan;
Y en otros, en fin, fermenta
Dulce el licor de las palmas;

Aquel licor que algun dia,
Del mismo Dios en compañía,
Allí en el Eden florido
Bebiera el primer patriarca.

Teas de pino y de enebro
Alumbran la hospitalaria
Mansion, y adobadas pieles,
Cuya blanquísima lana,

En suavidad y finura
A la matutina escarcha
Escede, cubren el piso
De aquella modestia estancia.

IV.

LAS DOS HERMANAS.

En tanto Lot, del secreto
Recinto, donde con sabia
Costumbre, en aquellos dias,
Padres y esposos guardaran

A sus mugeres, con rostro
En que la paz de su alma
Se ve, y el gozo que siente
Del honor que hay en su casa,

Sale; sus pasos precede,
Con priesa á sus años rara,
Su esposa, y detrás camiaan,
Por las manos enlazadas,

Dos bellísimas doncellas,
Que al ver las dos nuevas caras
De los rubios peregrinos,
Con timidez se adelantan.

Las hijas son en quien funda
Su amor y dicha al patriarca;
Y á humanos ojos no fuera
Posible al considerarlas,

Cual ora se ven unidas,
Pensar que fuesen hermanas:
Tan distinta es su belleza,
Aunque en las dos estremada.

La que á diestra mano viene
Es la mayor; á esta, Sara
La llamó al nacer su padre,
Y es nombre que á su arrogancia

Conviene: del lindo rostro
Es la tez algo atezada,
Y de azabache pulido
La cabellera que esmalta

Su semblante, y que en dos trenzas
Con esmero entrelazadas,
Cae meciéndose en el cuello
Sobre la mórbida espalda.

Sus lábios son rubicundos
Como una abierta granada,
Y los dientes pequenuelos
Que al entreabrirse declaran,

Mas que el diamante son duros,
Y parecen á distancia,
Hilos de nevadas perlas
En campo de roja grana.

Turgente el virgíneo pecho,
Y la cintura gallarda
Tan breve, que puede un niño
Con las manos abarcarla.

Mano y pié son dos prodigios
De pequeñez tan enana,
Que parece no crecieron
Desde el albor de la infancia.

Pero sus dos negros ojos
Son sus mas temibles armas;
Que cuando mira con ellos,
Las almas quedan esclavas.

La segunda, á quien por nombre,
Y el nombre tambien le cuadra,
Melka, su padre le puso
Por su índole tierna y blanda,

Es de tez tan blanda y pura
Como las conchas de nácar
Que arroja el mar á la orilla
En las costas de la Arabia;

Caen los sedosos cabellos
En ondas ensortijadas,
Mas rubios que el sol de estío
En las mas puras mañanas;

Cándido es su ebúrneo cuello
Como el del cisne, y la espalda
Y el redondo pecho, ofusean
A las perlas esmaltadas;

Rojo coral son sus lábios,
Nieve sus dientes, y grana
Sus ojos, como el zafiro
Que el mar en sus senos guarda.

Los piés, manos y cintura,
Breves son como en su hermana:
Y en algo mas se parecen,
Que altas y esbeltas son ambas:

Y al andar, ambas se doblan
Como se mecen las cañas
Al soplo de blanda brisa
Al borde de las quebradas;

O como en las altas rocas
Se cimbran las verdes palmas,
Cuando alienta furibundo
El viento de las borrascas.

Al llegar Lot con sus hijas,
Los huéspedes se levantan,
Y al rededor de la mesa
Do se mira preparada

La cena, sin distinciones
Cual las que ora son usadas
Entre los hombres, se sientan
Cabe á su esposo la anciana,

Junto á Melka un peregrino,
El otro al lado de Sara;
Y en plácida union partieron
Entre sí las ricas viandas;

Que en aquel tiempo dichoso,
Hasta el mismo Dios bajaba
Al mundo, y se divertia
Con las costumbres humanas.

CANTO V.

Desde el alcázar lóbrego
De luto revestido,
Que es de la muerte cárdena
Terrífica mansion,
De truenos y relámpagos
Sangrientos circuido,
Muy mas que el viento rápido,
Perez sale Abdalon (1).

Plegadas lleva al cuerpo
Las alas voladoras
Que velan, mas no ocultan
El rojo resplandor
Del fuego, que en mil ráfagas
De muerte precursoras,
Brotó el mirar fulmíneo
Del Esterminador.

Espíritu fremente,
Que el alba diamantina
Del éter sempiterno
Conturba á su pasar;
Ejecutor que al mundo
La cólera divina
Envia, sus ofensas
Terribles á vengar:

(1) O Abdalon, nombre hebreo del ángel esterminador. Los griegos le llamaban *Apollyon*, y los latinos *Exterminans*.

Desvíanse á su paso
Los rubios querubines,
Los ángeles y arcángeles
Se apartan con temor:
La vista bajan trémulos
Los altos serafines,
Ante el ministro lúgubre
De la ira del Señor.

Y Tronos, Potestades,
Dominios y Virtudes,
Los que en la lid perincitos
Vencieron á Luzbel;
Ora se ven con tímidas
Postradas actitudes,
Ante el poder satánico
De aquel fatal poder.

Un ángel solo atrevese,
Del túbete emisario
La marcha rapidísima
Un soplo á detener;
Un ángel que cerníase
De Dios sobre el santuario,
Espíritu hermosísimo
Con rostro de mujer.

Un ángel que á los míseros,
En este mar del mundo,
Cuando en sus olas túrbidas
La negra tempestad
De engaños y dolores,
El ábrego iracundo
Agita, de sus alas
Al bronco revolver;

Les hace que confien,
De paz y de bonanza
En dias mas serenos
Allá en lo porvenir;
El ángel de los huérfanos,
La luz de la esperanza,
Que cabe al débil hombre
Camina hasta morir.

Mas leve y perfumada
Que la espirante brisa
Que plega por la tarde
Las alas de la mar;
Se acerca el ángel cándido
Con virginal sonrisa,
A aquel con quien las lágrimas
Van siempre y el pesar.

Las manos enlazadas
En la actitud del ruego,
Aboga por Pentápolis
Con argentina voz;
Mas Abdalon respóndele,
De enojo y de ira ciego:
"Aparta, blando espíritu:
El Sumo lo ordenó!"

Y con torvo mirar, la forma pura
Lanza lejos de sí su mano airada,
La cual tornó á cerperse en el altura,
La tierna faz en lágrimas bañada:
Un inmenso gemido de amargura
Turbó en redor la celestial morada,
Mientras el ministro del furor divino
Prosigue hácia la tierra su camino.

Y atraviesa mas rápido que el viento
Las bóvedas do están los inferiores
Celestiales espíritus sin cuento;
Do en himnos, que á los blandos ruiseñores
Dieran envidia, en perennal concento
Cantan á Jehová sumos loores;
Pero su canto puro apenas alcanza
Allí donde se cierne la esperanza.

Y prosiguiendo el ángel su carrera
Por las inmensas salas diamantinas,
En breve pasa la vecina esfera,
En donde sobre nubes zafirinas
Debe vivir la santidad primera,
Separada por diáfanas neblinas
De los seres purísimos, alados,
Que del cielo á la par fueron creados.

Atravesó por fin la gerarquía
Postrera, do en millones de millones
Viven ahora en paz y en alegría
Los vivientes de mil generaciones:
Aquella inmensa bóveda, vacía
Entonces, de habitantes y canciones,
Pasa el torvo Abdalon en un instante,
Y sigue por el cielo hácia adelante.

Un arcángel de luz resplandeciente
Guarda del cielo la eternal salida,
El cual, viendo á Abdalon, huye tremente,
Y su deber y gloria á un tiempo olvida:
Sin obstáculo sale el inclemente
Ministro, y disponiendo su partida,
Desplega al fin las pavorosas alas,
Atras dejando las eternas salas.

Cual águila voraz, que desde el cielo
Donde del sol se cierne cara á cara,
Alcanza á ver en el herboso suelo
La grata presa, porque tanto ansiara;
Y en su iracundo ardor, de un solo vuelo
Salva la inmensidad que le separa
Del objeto infeliz, y en un segundo
Las garras ceba en él y pico inmundo:

Tal, en saña implacable el pecho ardiendo,
El Esterminador se precipita,
Las negras alas sin cesar batiendo,
La dura á ejecutar sentencia escrita:
De su pecho se escapa un grito horrendo
Del odio crudo que su ser agita,
Y en vuelo mas veloz que la paloma,
Cruza Abdalon el aura hácia Sodoma.

Como el rayo, atraviesa aquella zona
Do en sus ejes eternos suspendidos
Giran orbes sin fin, que son corona
A los astros del hombre conocidos:
Jamás la humana ciencia, aunque blasona
De penetrar misterios escondidos,
Ni ojos mortales, ni terrestres vientos,
Llegaron hasta aquellos firmamentos.

En aquellas balsámicas regiones,
Nunca se acaba ni comienza el dia;
No hay mudanzas allí, no hay estaciones,
Tarde, mañana, aurora ó medio dia:
Jamás los furibundos aquilones
Allí movieron tempestad bravía,
Ni jamás hondos truenos rebramantes
Oyeron sus felices habitantes.

Allí siempre la atmósfera es serena,
Suave la luz, el céfiro apacible;
Corren los rios en dorada arena,
Y en un mar se confunden bonancible:
El aire es puro, la campiña amena,
Y cuanto á las miradas es visible
Ya cerca, ya en remota lontananza,
Todo respira paz y bienandanza.

Nunca ronco tronó clarín de guerra
En aquellas riberas fortunadas,
Ni taló la discordia aquella tierra,
Ni hubo malas pasiones desbandadas:
Ni el hambre, ni la sed que al hombre aterra,
Ni cobardes traiciones, ni emboscadas:
Ni hubo males, ni pestes, ni quebrantos,
Ni gemidos, ni súplicas, ni llantos.

Que viven sus sencillos moradores
En tierna union y dicha inesplicable;
Puros son y constantes sus amores,
Y su amistad tiernísima y durable:
Allí no existen siervos ni señores,
Como en nuestro destierro miserable,
Y aquella tierra ante su Dios perfecta,
Es del bien la comarca predilecta.

Por eso, atravesando sus confines,
Volvió Abdalon los fulminantes ojos;
Que en vez de aquellos plácidos jardines,
Sangre anhela, y estragos y despojos:
Y como Jehová, por altos fines
Le nombró ejecutor de sus enojos,
Sonríe de esperanza, y hácia el mundo
Acelera su vuelo furibundo.

Ya llega al sol, y entre los orbes gira
Que forman el sistema planetario;
Ya la tierra descubre ardiendo en ira,
Y su furor redobla sanguinario:
El postrer dia moribundo espira
De Pentápolis; rojo, funerario
Resplandor, en las cimas de los montes
Brilla, y en los cercanos horizontes.

Del Líbano en la cúspide altanera,
Posa en fin Abdalon el pié cansado,
Que ya toca al final de la carrera
Que en su justicia Dios le impuso airado:
Con mirar en que el rayo reverbera,
Solo aguarda que el hora haya llegado
De Sodoma, y que caiga en su dominio
Un campo mas de incendio y de esterminio.

CANTO VI.

I.

LOS SODOMITAS.

Y sucedió que apenas del banquete
Levantado se habían, grandes voces
Llegaron hasta allí.—Tal como suelen
En cruda tempestad los aquilones
Fremes rebramar, así iracundos,
Los torpes de Sodoma habitadores,
En confuso, estruendoso vocerío
Clamaban con furor: “¿Do están los hombres
Que esta noche en tu casa introdujiste?
¿Sácanoslos acá!” Sobre sus goznes
Giró de Lot la claveteada puerta,
El cual cerróla tras de sí: los torpes
A su vista, los gritos aumentaron,
Y al creciente rumor de sus clamores;
“¿Dónde están, dónde están los peregrinos?
Decían, ¿dónde están? ¿por qué se esconden?
¿Sácanoslos acá!”—Con suplicante
Voz, y humilde ademan, Lot respondióles:
“No queráis, por piedad, hermanos míos,
Tal crimen cometer!—De mis amores
Dos hijas solo tengo, dos doncellas
Que en su hermosura eclipsan á los soles
Que alumbran en el ancho firmamento;
Ninguna de las dos, lascivia torpe
Ni amistad de varon ha conocido;
Ambas os las daré; vuestros furoros
Podeis saciar en ellas, si así os place;
¿Mas respetad, os ruego, á los dos jóvenes
Que cobija mi techo hospitalario!”
Pero en crudos acentos bramadores
Así le respondieron: “¿Tú has venido
De extranjeras comarcas, y te pones
Como juez, nuestros fueros y costumbres
Osado á combatir? Si á esos dos hombres
Al punto no nos das, sobre los tuyos
Y sobre tí caerán males peores.”
Y haciendo al hombre justo gran violencia,
Pugnaban por entrar con grandes voces,
Y ya la antigua puerta rechinaba
Con doliente crugir sobre sus goznes.

II

EL SOCORRO.

Quando de entrambos ángeles
Los rostros refulgentes,
Aparecieron túrbidos

A las feroces gentes:
Y al rayo que fulgura
En su mirada pura,
Se replegaron trémulas
Las turbas sobre sí.

A Lot entonces rápidos
Asieron de la mano;
Y del primero al último,
Al jóven y al anciano,
Y al niño que los viera,
De súbita ceguera
Los hieren, y la atmósfera
Ya puebla su gemir.

Y á tientes en las hórridas
Tinieblas que los cercan,
Con lastimeras súplicas
De nuevo á Lot se acercan:
Y con humilde llanto
Y voz de inmenso espanto,
Entre gemidos lúgubres
Imploran su perdon.

Mas de los dos espíritus
La voz que el aire atruena,
Responde así á los míseros:
“Ya la medida llena
De torpes liviandades
Está, y de iniquidades;
¿Generacion de réprobos,
No esperes redencion!”

¿Cómo, ¡ay! en voces débiles
De lenguas terrenales,
Cómo en oscuros símiles
E imágenes mortales,
Pintar el alarido
Inmenso, indefinido,
Que aquellas turbas cárdenas
Lanzaron á una voz?

Aquí una humilde súplica
De alto dolor es prenda;
De maldicion sátanica
Allá una voz tremenda:
Y en hórrida armonía,
Por la region vacía,
Retos, blasfemias, lágrimas,
Van en revuelto son.

Tal en las negras bóvedas
Del tenebroso averno,
Donde Luzbel indómito
Vive en dolor eterno,
Sonó el primer rugido
Del ángel maldecido
Que osó lidiar impávido,
De un Dios contra el poder.

En tanto las sacrílegas
Gentes confusas huyen;
Y en las tinieblas lóbregas

Que en torno los circuyen,
Se llaman, se cojean,
Se insultan, se golpean,
Y en estridente vórtice
No cesan de correr.

III.

LA FUGA.

Entonce á Lot, los ángeles:
"¿Hay álguien que te toque, yerno ó nuera,
Hijo ó deudo que esté de casa fuera?
Vé rápido en su busca,
Si no deseas que esta noche muera.

Que del celeste empiro,
Del sumo Jehová somos enviados.
Llegaron de Sodoma los pecados
Hasta su eterno trono,
Y sus dias aquí ya están contados."

Lot, pues, como el relámpago,
Oprimido del miedo y la tristura,
Corrió hácia la mansion en derechura
De sus futuros yernos,
Y en voz doliente y que le embarga el pasmo:

"Alzad del lecho, míseros,
Alzaos! exclamó. De Dios la mano
Enviaré sobre el jóven y el anciano
La muerte antes del dia,
En el recinto de Sodoma insano."

Mas ellos, al terrífico
Rumor de sus acentos inseguros:
"Vuélvete, respondieron, á tus muros,
Que de burlas no es hora;"
Y á dormir se volvieron muy seguros.

Entonces, tomó Lot desesperado,
De su casa el camino;
Y de los dos mancebos apiadado,
Lamenta su destino.

Y vacila, y se para en la carrera,
Y el paso atras revuelve;
Mas de nuevo sonó la voz severa,
Y á su camino vuelve.

Y sigue, sumergido en la amargura,
La débil planta, incierta,
Atravesando la estancia oscura
De la ciudad desierta.

Era la hora en que el naciente dia
Celajes mil anuncian de oro y grana,
Y las aves en plácida armonía
Saludan el albor de la mañana:
Pero en Sodoma aún la noche umbría
Se muestra de los mundos soberana,
Y Lot, con gran trabajo y pena suma,
Llegar pudo á su casa entre la bruma.

Preparados al viaje, allí le esperan
En pié los dos mancebos celestiales,
Y ambos á las mujeres aceleran
Con palabras y gestos de mortales:
Ya los primeros rayos reverberan
De Dios en los eternos arenales,
Cuando la comitiva silenciosa
La ciudad atraviesa tenebrosa.

Como una corta, inerme caravana
Cruza los arenales del desierto,
Temiendo del Simoun la furia insana,
O los fétidos miasmas del mar Muerto;
Y mientras mas camina mas se afana,
Y hasta llegar al anhelado puerto,
Calor y sed arrostra y hambre dura,
Porque tan solo allí se cree segura:

Así Lot, con los suyos caminando
Va sin cesar por calles y por vías,
Siguiendo las pisadas que trazando
Van en la arena sus celestes guías:
Y acaso escuchan el rumor nefando
Del baile y de las cántigas impías,
Y las risas y apóstrofes brutales
Que surgen de las torpes bacanales.

Por fin pasaron la ferrada puerta
De la impura ciudad, y un breve instante
Reposaron allí la planta muerta
Y el oprimido pecho jadeante:
Y estando ya de la campiña abierta
En medio, su camino hácia delante
Prosiguieron derecho á un alto monte
Que al Este limitaba el horizonte.

Pero antes de seguir, con voz severa
A Lot, así dijeron los alados:
"Corre sin detenerte en la carrera,
Y cotos salva, y setos, y vallados:
Y aunque llegue á tu oido lastimera
Plegaria, ó de los truenos disparados
El bramido, hácia atras nunca el semblante
Vuelvas, que serás muerto en el instante."

Y asiendo á las mujeres de la mano,
Con palabras de amor las consolaban,
Y dando priesa al afligido aneiano,
Con acentos de brío lo animaban.
Y atravesando ya el inmenso llano
Que circunda á Sodoma, se alejaban,
Del amor espoleados de la vida,
De la torpe comarca maldecida.

CANTO VII.

La hora sonó. La omnipotente mano
En cuya palma el universo gira,
Aquel de soberanos soberano
En alto levantó:—muerte respira
La amenaza mortal que de sus ojos

En raudales fulmíneos se desprende;
Y la hueste inmortal puesta de hinojos,
Las sumas iras en silencio atiende.

En sus quicios eternos, quebrantados
Vacilan los celestes artesones,
Y el aliento detienen asombrados
Los genios de los roncos aquilones.
Yermo de luz, detiene su carrera
De los astros el número infinito,
Y tiembla en fin la creacion entera,
Del cielo azul, al lóbrego Cocito.

Para el mar las corrientes bramadoras
Que en sus abismos cóncavos habitan,
Y las inmensas turbas nadadoras
En los antros sin fin se precipitan:
Sécense los copiosos manantiales
De los rios, que el sólito tributo
No dan al mar, y ardientes arenales
Resbalan solo entre su cauce enjuto.

Pierde la selva umbría su verdura,
Su puro azul el cielo encapotado,
Y se lanzan del bosque á la llanura
Confundidas las fieras y el ganado.
Y unidos suenan al postrer lamento
Del orbe de la tierra estremecido,
Del tierno ruiseñor el blando acento,
Y del leon el lúgubre rugido.

Sodoma, Seboin, Gomorra, Adama,
Sacrílegas ciudades maldecidas,
¡Ay de vosotras, que en la impura llama
Del deleite vivís endurecidas!
¡Ay de vosotras, ay, que del pecado
Os revolveis entre el inmundo cieno!
¡Ay del pueblo que duerme aletargado
Del torpe vicio en el letal veneno!

Torpe generacion de torpe gente,
¡Ay tres veces de tí! Ya cruda brilla
Amagando caer sobre tu frente,
Desnuda al aire, la inmortal cuchilla.
¡Un ay de contriccion, un ay tan solo
Alzad en vuestra lúbrica demencia!
¡Ved que se cierne ya de polo á polo
El torvo ejecutor de la sentencia!

En tanto, de Sodoma en el recinto,
Como en Gomorra, Seboin y Adama,
De voces un confuso laberinto
Solo al deleite por su Dios aclama:
Redobla el aire espeso, en sangre tinto,
El devorante ardor que los inflama,
Y se mezcla á los cantos de la orgía
El hipo precursor de la agonía.

Un relámpago inmenso, ensangrentado,
Rasgó en dos la enlutada vestidura
Del cielo, hasta aquel punto encapotado,
En luz tornando la tiniebla oscura;
Y un asordante trueno, disparado

Por la mano de Dios, desde el altura
Pobló en señal de la divina guerra,
Los ámbitos del aire y de la tierra.

De aquel ruido al retumbar tremendo,
Se lanzan en tropel los sodomitas,
Y por calles y plazas van huyendo
Aquellas turbas por su Dios malditas,
Repugnante espectáculo y horrendo,
Sus frentes son con el pavor marchitas;
Aquellos rostros del deleite ajados,
Ora con el temor desencajados.

Háyense unos á otros: no hay ternura,
Ni blando suplicar, ni ruego amante,
Que baste á detener en tal pavura
El uno junto al otro un breve instante:
Que en dia de tan hórrida amargura,
No hay lazo fuerte, ni temor bastante
A retener al mísero que espera
Salvarse acaso en la véloz carrera.

Aquí deja con planta presurosa
El amigo á su amigo abandonado:
Mírase allá la moribunda esposa
Llorar la ingratitud de su adorado:
Mas lejos, en la arena polvorosa,
Del hijo de su amor se ve arrojado
El anciano infeliz. Mas ¿qué? si olvida
La madre al tierno ser á quien dió vida!

Jamas con tan fatídicos colores,
Ni en acento tan hosco y tremebundo,
Del cielo los terríficos furores
Oyó anunciar el asombrado mundo:
Ni cuando en mil torrentes bramadores
Bajaron desde lo alto hasta el profundo,
Rotas las cataratas celestiales,
A anegar á los míseros mortales.

Ni cuando allá del Gólgota en la cumbre
Se vió espirar en posteriores dias,
Por librarnos de eterna servidumbre,
Sobre una cruz al salvador Mesías;
Que alto en el cielo el sol perdió su lumbre,
Y al mirar las supremas agonías,
La tierra retemblo, quedando abiertas
Las tumbas, de cadáveres desiertas.

Ni entonces, ni despues, ni antes se viera
Horror tan grande con humanos ojos;
Hierve del cielo en la anchurosa esfera
Un inflamado mar: torrentes rojos,
De la líquida hoguera chispeante,
En ondas gigantescas se desprenden,
Y en voz cual la del trueno rebramante,
Cruzan las nubes y los aires hienden.

Corre empero la turba maldecida,
En torno sin cesar del alto muro,
Sin hallar á sus piés una salida,
De las tinieblas entre el manto oscuro:
A tientas va la muchedumbre, herida

Cual los otros de súbita ceguera;
Mas sobre sus cabezas suspendida
Sienten la abrasadora hirviente hoguera.

Y se oyen del temor á los gemidos,
Mezclarse juramentos espantosos,
Y retos insensatos van unidos
A quejas y suspiros lastimosos;
Jamás tan furibundos alaridos,
Lamentos de dolor tan angustiosos,
Ni ayes tan tristes, ni blasfemias tales
Oyeron las cavernas infernales.

En tanto Lot, con su familia entera,
Guiado por los ángeles, camina
Del Jordan por la plácida ribera,
Y hácia el cercano monte el paso inclina;
Mas cansado del susto y la carrera,
Llegando á descubrir ya muy vecina
De Bala la ciudad, así postrado
Se dirige al Señor que lo ha salvado:

“Señor, Señor, que tu poder mostraste,
Y tu clemencia ya en tu indigno siervo;
Tú, que justo su causa separaste
De la causa del torpe y del protervo:
Ve que al sumo temor que me enviaste,
Y al camino á mis años tan acervo,
No me puedo salvar donde dijiste,
Porque ya el cuerpo débil no resiste.

Mas acá de ese monte se levanta
Reducida ciudad; allí en sosiego,
Pues tu misericordia fué ya tanta,
¡Déjame descansar!—Oí tu ruego,
Le respondió el Señor; con firme planta
Puedes en ella entrar, que yo del fuego
La perdono, y de hoy mas será llamada
Segor, pues á tu ruego fué salvada.”

Mas ya la ira celeste descendía
Sobre la tierra en torbellinos rojos,
Y al terrible rumor, que estremecía
De susto el corazón, atrás los ojos
Volvió la esposa del patriarca impía:
Y al contemplar los túrbidos enojos
De Jehová, de horror petrificada,
En estatua de sal quedó trocada.

CONCLUSION.

Alto en el cielo, el sol sus rayos de oro
Vibraba sobre el mundo,
Derramando en espléndido tesoro
Vida y calor fecundo;

Cuando Abraham, del perezoso lecho
Alzándose al proviso,
A aquel lugar se encaminó derecho,
Do el Sempiterno quiso,

En el día anterior, de su venganza
Anunciarle la hora;
Y caminando va sin esperanza,
Y aun su clemencia implora.

Y llegado á la cima, con tremante
Mirar giró los ojos,
Temiendo ver la pompa fulgurante
De los sumos enojos.

Toda aquella feraz amplia comarca,
Tan opulenta un día;
Todo cuanto Pentápolis abarca,
Es soledad vacía.

Nada se escucha: ni rumor de gente,
Ni el sólito mugido
Del toro, ni del perro el estridente
Doméstico ladrido:

Ni el rugir de la fiera en lo lejano,
Que al cazador avisa;
Ni el grito del insecto en el pantano,
Ni el soplo de la brisa.

Ni el susurro del aura entre las flores,
Ni el murmurar de las tranquilas fuentes,
Ni del viento los tonos bramadores,
Ni el cóncavo rumor de los torrentes.

Solo mira Abraham en la desierta
Llanura que hay en torno,
De humo y pavesas bocanada incierta
Salir como de un horno.

Y en medio, como en costa solitaria
Acaso surge un faro,
Sola y triste se ve la hospitalaria
Segor, á Lot reparo.

Sodoma, Seboin, Gomorra, Adama,
¿Dó fué vuestra grandeza?
¿Qué fué de vuestra pompa y vuestra fama,
Y brío y gentileza?

¡Ay! todo pereció.—Miserable ejemplo
De las divinas iras,
El hombre y animal, teatro y templo,
Fuisteis vivientes piras.

Y solo quedan del mortal estrago,
Memoria eterna á los futuros hombres;
Sobre las olas fétidas de un lago,
Vuestro crimen escrito y vuestros nombres.

MARIA,

CORONA POETICA DE LA VIRGEN.

POEMA RELIGIOSO

ESCRITO EN COLABORACION DE

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO (1).

PROLOGO.

AL ESCELENTISIMO SEÑOR

D. MANUEL JOAQUIN DE TARANCON,

OBISPO DE CORDOVA Y SENADOR DEL REINO.

Los autores.

Este venturoso *siglo de las luces y de la civilización*, en que fué voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro, no he tenido mas objeto que el de una lucrativa especu-

(1) Por causas independientes de la voluntad del señor Zorrilla, no pudo este continuar á tiempo su obra de *Maria*. Los editores, deseosos de cumplir los compromisos que habian contraído con el público, llamaron, con aprobacion del señor Zorrilla, al señor García de Quevedo, para que continuase en union del primero este poema. Posteriormente, otros acontecimientos entre los cuales ocupa el primer lugar la muerte del padre del señor Zorrilla, impidieron á este ayudar á su compañero, por lo cual, todo lo comprendido en el libro quinto del poema hasta su fin, es única y exclusivamente del señor Quevedo.
(Nota de la edición de Madrid.)

lacion. El nombre de MARIA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es solo el cebo de que he discurrido servirme para explotar la devocion del pueblo católico de nuestra España; pero el *siglo de las luces y de la civilización*, á pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.

Yo he escrito este libro bajo la inspiracion espontánea de una devocion sincera, concebida desde la niñez á la Madre de Dios, y á la luz de la fé pura y sencilla del Evangelio. He aquí una confesion que el siglo sabio afectará oirme con desdenosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasion contemplar á mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilización, sin atreverse á confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme á su vez servir de mo-
fa á la *despreocupacion*, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavi-